

HISTORIA MÍNIMA  
DEL COMUNISMO  
Y ANTICOMUNISMO  
EN EL DEBATE MEXICANO

Carlos Illades  
Daniel Kent Carrasco



EL COLEGIO DE MÉXICO

## ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
1. <i>La Revolución en rojo</i>	23
Octubre en México	25
La cultura oficial	30
La cultura comunista	38
La Mesa Redonda de los marxistas mexicanos	44
La crítica de la Revolución Mexicana	48
2. <i>El cardenismo: crisis, radicalismo y confrontación</i>	55
La inquietud de las élites	57
<i>La revolución traicionada: el estalinismo en México</i>	66
3. <i>Socialismo, libertad y exilio</i>	79
Exilio, socialismo y antitotalitarismo	80
Víctor Serge, el exiliado	86
Víctor Serge, el símbolo	95
4. <i>La crisis de los paradigmas</i>	99
La “inevitabilidad” del comunismo	100
La crisis del liberalismo	103
Retoños neoliberales	112
La Teoría de la Dependencia	115
<i>Historia y Sociedad</i>	119
5. <i>La Guerra Fría cultural</i>	125
Comunistas en la Alameda	130

El contagio de la libertad	136
El Congreso por la Libertad de la Cultura	142
La cultura del anticomunismo	147
<i>6. Revolución y democracia</i>	153
La revuelta de los intelectuales	155
La Revolución Cubana en México	161
La metamorfosis comunista	167
El 68 y el campo intelectual	173
Democracia y socialismo	178
<i>7. La deriva neoliberal</i>	185
La sociedad abierta y sus amigos	186
Adjetivos para la democracia	189
La caída del socialismo	199
El fin de la revolución	205
Cambios de piel	210
<i>8. Espectros de la Guerra Fría</i>	217
La izquierda antiintelectual	218
El 68 y las izquierdas	223
La esclerosis liberal	226
Los intelectuales en el lopezobradorismo	233
El anticomunismo duro	241
<i>Orientación bibliográfica</i>	249

## INTRODUCCIÓN

El comunismo no ha muerto; en cierto sentido, goza de envidiable salud. El colapso del Muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética le asestaron un duro golpe, definitivo de acuerdo con algunos diagnósticos inmediatos, mas su memoria e ideales emancipatorios resuenan todavía en algunos ambientes, y el lenguaje político lo reanima intermitentemente. Incluso en su momento de mayor fuerza, después de la Revolución Rusa, la “amenaza” comunista rebasó con mucho las posibilidades efectivas de los agentes históricos para cumplirse a escala planetaria, como deseaban espartaquistas, trotskistas y consejistas. Si el *Manifiesto comunista* detectó temprano su fantasmagórica presencia, reducida entonces a Europa, la Guerra Fría se encargó de mundializarla, al someter a su código binario todas las luchas imaginables dentro de los campos social y político.

Para hacerle frente a la potencia ideológica de esta presencia espectral, de antiguo numerosas voces se han unido en el variado, contradictorio y potente coro anticomunista. Fundamentalmente reaccionario, éste ha dirigido de manera histórica ataques y diatribas contra distintos grupos y proyectos —sindicatos, bolcheviques, inmigrantes, artistas, guerrilleros, estudiantes y naciones enteras— entablando alianzas, a primera vista inverosímiles, entre conservadores, liberales, anarquistas, socialistas, católicos, demócratas, militares y tecnócratas, según el tiempo, la circunstancia y el lugar. Tan viejo como el comunismo, e inseparable de su trayectoria, el anticomunismo es una ideología (o, más precisamente, la

vertebración discursiva de un conjunto de prejuicios) muy nebulosa y acaso más difícil de aprehender que su antagonista.

Insistimos en la naturaleza variopinta del anticomunismo sin suponer que quienes lo suscriben proceden de una matriz común, ni tampoco que entienden lo mismo por el vocablo. Seguramente los sinarquistas pensaban más en las reformas cardenistas que en el estalinismo o la línea de la Tercera Internacional, mientras que quizá los seguidores mexicanos de Ludwig von Mises estaban alarmados por la planificación soviética, la colectivización forzosa del campo, la estatización de la industria y el acotamiento del mercado. Los intelectualmente menos sofisticados abominaban el descreimiento religioso de los comecuras rojos. Aspectos tales como la inexistente pluralidad política en el bloque socialista cobraron importancia con los exilios de la disidencia comunista en la posguerra, y acaso pocos se preguntaron en su momento por los motivos de la presencia de Trotsky en nuestro país. El liberalismo de la Guerra Fría concentró las baterías en el totalitarismo del Este —con argumentos de Karl Popper, Hannah Arendt y Daniel Bell, entre otros—, a la vez que el anticomunismo del Frente Nacional Anti-AMLO (Frenaaa) luce más próximo a la aversión contra el Estado de los libertarios estadounidenses que a ser una rama del árbol sinarquista.

La fractura de la Segunda Internacional en la Gran Guerra separó irreconciliablemente a socialistas y comunistas, alentados estos últimos por la Komintern a formar partidos propios en todo el mundo. En Argentina y a continuación México, los agrupamientos comunistas surgieron de los partidos socialistas vernáculos, prácticamente en sintonía con los países occidentales. El Partido Comunista Mexicano (PCM), si bien pequeño, estuvo bastante activo en las luchas sociales y en la conformación de agrupamientos obreros y campesinos en los primeros lustros de la posrevolución. Asimismo, tras la irrupción en el arte y la cultura en la década del veinte, el comunismo se extendió al campo

intelectual ganando espacio en el proyecto educativo del régimen. Con todo, el comunismo creó una intelectualidad robusta desde las modestas trincheras que conformó en el ámbito editorial a partir de los treinta, así como en las universidades públicas, masificadas en los sesenta y setenta del pasado siglo.

De la mano de Lázaro Cárdenas, México comenzaba a rehacerse de los estragos de su propia Revolución, y mientras la izquierda aspiraba a radicalizarla, la derecha dura coqueteaba con el sinarquismo, en tanto que la blanda proclamaba por objetivo el bien común, asequible gracias al dinamismo de la empresa privada y a la moralidad católica, que precavería a la nación de los excesos del egoísmo capitalista. Cuestionando a la izquierda y a la derecha, el general michoacano adelantaba reformas fundamentales y al mismo tiempo sentaba las bases del nuevo régimen político. Estado e iniciativa privada formaron sendas instituciones para conseguir sus propósitos, si bien en la posguerra hicieron una formidable mancuerna que les permitió a ambos operar en condiciones monopólicas el “milagro mexicano”, y a la familia revolucionaria, detentar el poder político en solitario. Antes de concluir los cuarenta, Daniel Cosío Villegas y José Revueltas se preguntaban acerca del curso y el destino de la Revolución Mexicana.

Hacia finales del cardenismo y en los cuarenta, a estos reclamos de las élites empresariales y religiosas se unió una crítica antiestalinista lanzada desde el ámbito socialista que amplió los contornos del debate anticomunista en México. De la mano de exiliados europeos como León Trotsky, Víctor Serge y Julián Gorkin, la pugna por la renovación del socialismo se volvió profundamente crítica del comunismo soviético, y abrió la puerta al encuentro con posiciones de corte menos reaccionario. Durante los años de la posguerra, la iniciativa privada —junto con el nuevo imperialismo cultural estadounidense y en conjunto con agentes locales, como el viejo marxista vuelto virulento anticomunista Rodrigo García Treviño— desarrollará su propio pro-

grama educativo, a fin de afianzar los valores liberales y encarar al comunismo a través de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura.

Diluido políticamente en la avalancha del primer cardenismo y amordazado por el estalinismo, el PCM fue cómplice del asesinato de Trotsky en 1940, y careció de oídos para la disidencia comunista asilada en el país a consecuencia del nacionalsocialismo. De esta manera, a la crisis moral se añadieron el dogmatismo, la ausencia de debate y las constantes purgas que, a decir de Vicente Lombardo Toledano, eran el ominoso distintivo de la franquicia mexicana del movimiento comunista internacional. Sin embargo, el debate político se enriqueció con la descolonización y la revolución en el Tercer Mundo, y, de manera simultánea, la consolidación de un marxismo académico con mayor densidad teórica que el basado exclusivamente en la militancia partidaria ofreció mejores herramientas intelectuales. La derrota del estalinismo más duro en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), aunque no le cerró la puerta al dogmatismo, le abrió la ventana a la crítica, si bien el PCM tardaría en asimilarla ofreciendo señales en ese sentido con el recambio de la dirigencia partidaria en 1963.

Revueltas tuvo un papel capital en esta metamorfosis. El movimiento del 68 alentaré sus concepciones democráticas y también las de Octavio Paz. De acuerdo con el poeta, la democracia fluiría de abajo arriba, y tendría por fundamento la confrontación crítica y racional, libre y abierta, orientada hacia la deliberación común cual vehículo, para transformar la sociedad mediante la praxis. Para él, la democracia pasaba por la pluralidad; no implicaba la transformación de los fundamentos del sistema económico, pero sí la del régimen político, y suponía la inclusión social. Revueltas moriría reivindicando la autogestión que teorizó en el 68, sin abandonar la concepción leninista con respecto de la organización política y del partido, cual conciencia organizada del proletariado.